

ALUCINACIÓN II

Jorge Torres



Image not found.

Capítulo 1

ALUCINACION II

Finalmente el viento del mar ya no sopla intrépido arrastrando penas, la bestia de arena me soltó la mano. Cayendo a un abismo donde no hay retorno, en vano trato de mirar para atrás. Sé que no volveré, que esa morguera enfila hacia mi destino final remontando la ruta, vaya uno a saber por culpa de cual manzana he sido expulsado de un paraíso, que sentía tan mío, pero no hay retorno, si algo tengo en claro, es que no hay regreso, pues quien regresa a los recuerdos carga consigo bagajes de nostalgias, y mi ángel se durmió para siempre en mi pecho, anida allí ahora. Solo me queda partir hacia una casa que no siento mía desde hace años, ya al entrar espectros impávidos del pasado nada me preguntan. Las perras se multiplicaron por seis, famélicas, sucias, pulgientas, descaderadas a patadas bestiales, esperan mi pésame, como yo lo espero. La tristeza impera no hay espacio para mutuas condolencias, la oreja de Keyla aún sangra por dentro de la ultima patada, igual que sangro yo. La bestia duerme, despierta, convulsiona frenética y vuelve a lastimarlas.

Ya no trato de esquivar los charcos de orina, ni siquiera los excrementos que se agrupan como gorriones por todos lados, los piso,les camino por arriba, como si no existieran. El miedo se agigantó, engordado por el ansia, es impresionante ver el volumen tosco que ha alcanzado, alimentado a crudas pavoras. El niño perro ya es un hombre, obeso, obsceno, yace sin idioma ni dialecto, tirado en una cama mugrienta donde es difícil distinguir el color de las sabanas que lo cubren. Despierta hambriento agresivo, emitiendo sonidos guturales, que ya no oigo, como no oigo ni veo tantas cosas. Ni el zorzal, que alegraba con su trino soporto esta pesadilla, elevando su vuelo apenas me vio llegar, dejándome unas flores y una tarántula, a la que me angustia darle grillos de comer.

No piensen que despierto en sobresaltos transpirado, como otrora, sé que no hay despertares, esto es real, el sueño ha terminado. Mientras las flores se van quemando lentamente, yo me quedo laxamente impávido, como clavado por alfileres a un cuadrado de espanto, cual mariposa que se seco por dentro.